

... la reina Juana de Nápoles, que fue la primera protectora del santo. Dijo  
 tan pronto: tan desastrosa que se horroriza la pluma al contarla. Carlos, rey  
 de Nápoles, torpemente ingrato y bárbaramente enemigo del papa Urbano,  
 murió violentamente en una conspiración en Ugenta. El rey Carlos V de  
 Francia murió a quince días después que recibió y no obedeció la carta de su  
 tío fray Pedro. El rey Don Juan I de Castilla murió en Alcañices de Heron  
 precipitado de un caballo. Su hijo y sucesor Don Enrique III vivió en el exilio  
 dejando nombre de el debarde y murió a 20 años. El rey Don Juan I de Ara-

## VI.

gon murió violentamente en la caza de Alcañices con los reyes de Navarra,  
 porque no admitieron el voto y anulación de las coronas del santo fray Pedro.  
 Así habla un historiador de la orden, creyendo seguramente provenidos to-  
 dos estos hechos de no haber seguido los consejos del religioso islandés.  
 Llegó a fray Pedro la noticia de la muerte de su hermano Don Juan. Conoció  
 que sus últimos deseos eran de ir a Chipre, y se embarcó para transportar a  
 Valencia donde tuvo la muerte del justo.

HISTORIA DE DOÑA LEONOR DE ARAGON, REINA DE CHIPRE.

... en el año de 1380.  
 y fue enterrado en el convento de San Francisco de Valencia. Sus restos esta-  
 ban con veneración y en magníficos sepulchros en la capilla de la noble casa  
 de Entenza. Murió en 1380.  
 Concluidos los oficios de las embajadas, y ajustadas todas las cosas con la  
 conclusion de los tratados, partió Leonor de Barcelona con gran comitiva en-  
 tre la cual se contaba un jóven paje descendiente de la casa de Entenza, paje  
 favorito de la hermosa doncella y al que habia prometido amparar en su hor-  
 fandad.

Llamábase Hugo de Entenza y en su tierna edad revelaba ya todas las virtu-  
 des hereditarias en su estirpe. Era osado, valiente, galan, de ánimo resuelto,  
 de corazon franco. Se hacia amar de todos los que le rodeaban y Doña Leonor  
 en particular le profesaba gran cariño, pero una especie de cariño maternal.

Llegó la doncella á Chipre y en su capital Nicosia dió la mano al jóven Pe-  
 dro, heredero de la corona de Chipre y Jerusalem.

Hermosa era Doña Leonor, hermosa y de un alma que encerraba como un  
 santuario todas las virtudes. Cautivose por completo el amor del príncipe su  
 marido, y logró con su influencia refrenar los ímpetus furiosos de su valiente  
 espíritu de mozo, haciéndole de genio afable, de honestas costumbres, de ge-

nerosos pensamientos, amado de su padre, unido con sus hermanos y queri-  
 do de todos.

Tan satisfecho quedó el rey de Chipre al ver contenidas las travesuras á  
 que antes sin discrecion se entregara el príncipe, y de tal modo quedó con-  
 tento del juicio y prudencia que mostraba, que hallándose cargado de años y  
 fatigas, pasó voluntariamente á sus sienes la corona de Chipre y Jerusalem.

Desde aquel momento, un odio á muerte quedó jurado á la reina Doña Leon-  
 nor por Don Juan su cuñado.

Era que este abrigaba esperanzas de ceñir la corona, vistos los desórdenes  
 á que de continuo se entregaba Don Pedro y creído que llegaria á hacerse  
 aborrecible á su padre, pero al cambiar el afecto y las virtudes de su esposa  
 tan completamente su caracter, al ver ya efectuada la ceremonia de la corona-  
 cion, Don Juan juró un odio mortal á la muger que tan inocentemente ha-  
 bia conspirado para desvanecer sus ambiciosos castillos en el aire.

Al coronarse rey Don Pedro, juró aplicar todas sus fuerzas y solicitar los  
 auxilios del papa y de los príncipes cristianos, para sacar de la tierra santa  
 á los turcos y judíos y restituir al gremio católico y posesion de los fieles aque-  
 llos santos lugares que tanto tiempo habian estado en poder de los enemigos.

En seguida de este juramento, el rey armó caballeros á sus dos herma-  
 nos y dió á Don Juan el principado de Galilea y á Don Jacobo el de senescal  
 de Chipre, sin conocer, ay! que fué lo mismo que tenerles mas favorecidos  
 para hacerles mas ingratos.

Durante los primeros años de su reinado, los dos esposos vivieron felices  
 cifrando toda su dicha en el hijo que Dios acababa de darles y al que llama-  
 ron Pedro como á su padre. Impelido luego por los consejos de su esposa, empezó  
 á idear el rey altas empresas: armó cincuenta galeras y doce fustas, con algu-  
 nas catalanas y otras de Rodas, y se echó de improviso sobre la fuerte ciu-  
 dad de Sertalia y haciéndose dueño de ella, prosiguió las conquistas por las  
 ciudades de Caramania, de Monaguti, de Escandeloro, asombrando al Egipto  
 con la toma de Alejandria donde se hizo fuerte.

Aunque todos sus capitanes le persuadian que no cortase el hilo de sus vic-  
 torias, sino que siguiese en sus empresas, pareciole á Don Pedro mas conve-  
 niente para sus altos designios ir á Aviñon, ganar al rey de Francia, y ase-  
 gurarle con su pariente el rey de Aragon, conocer al de Inglaterra y propo-  
 ner despues al papa la conquista de la tierra santa, que era el empeño pri-  
 mero de su valor, de su obligacion y de su cristiandad.

Dejemos al valeroso rey en estas empresas y echemos una ojeada sobre su

corte, cuyo gobierno habia quedado á cargo de Doña Leonor, reina la mas querida y amada de sus pueblos por sus virtudes, su justicia y su clemencia.

Entre los caballeros que mas fama tenian en Nicosia como valientes y como galanes, era sin disputa uno de ellos el paje de la reina, Hugo de Entenza que á medida que habia ido creciendo en edad, habia crecido en gallardía, en bravura, en entereza de corazon.

Las damas le sonreian, los caballeros le envidiaban; en todo acto de nobleza era el primero, en toda escena de valor el mas osado.

Tenia á la sazón veinte años y siempre se le hallaba pronto á cantar una trova bajo las ventanas de una bella ó á desnudar la espada por la honra de una dama.

Sin embargo, por travieso, por loco, por aturdido que fuera, no habia olvidado lo que debia á la reina Doña Leonor que amparara su horfandad en Cataluña. Guardábala una gratitud mezclada con un respeto profundo. Se hubiera hecho matar á sus piés por defenderla.

Ahora bien, vivia en la corte al mismo tiempo, una muger de noble origen pero de equívocas costumbres. Doña Juana, viuda del señor de Guálveri, era una dama hermosa todavía, no obstante haber perdido su belleza esa frescura y espontaneidad, si así puede decirse, de la primera juventud. Sin embargo, muger esperta y hábil, se habia empeñado en conservar el cetro de la hermosura á fuerza de recursos femeniles y conseguíalo por completó ayudada del poder del arte y de la astucia de su sexo.

Nadie como ella sabia vestir con tanta elegancia ni escojer con tanto gusto los colores que mejor sentaban á su traje, nadie como ella sabia verter en una sonrisa todo un mundo de hechizos y derramar en una postura todo un tesoro de atractivos; nadie como ella sabia con una palabra hacer brotar un torrente de ilusiones de un alma entusiasta, y con una mirada contar uno á uno los pliegues de un corazon.

La mitad de los caballeros de la corte habia caido á sus piés. Los jóvenes mas nobles, mas ricos, mas galantes visitaban su casa donde la mayor parte de las noches ofrecia espléndidas fiestas que tenian casi el caracter de una orjía.

El poco recato, la poca honestidad de aquella dama llegó á noticia de la reina que tuvo intenciones de reprimir sus licenciosas costumbres con un destierro. Impidióselo sin embargo su bondad natural y el temor de no disgustar á su cuñado el infante Don Juan, que se decia ser uno de los amantes mas rendidos de la de Guálveri.

En esto el triunfante carro de Doña Juana arrastró un dia tras sí al joven

Hugo de Entenza. El noble doncel habia resistido hasta entonces á todos los ataques de la coquetería de aquella muger, á todas las miradas lánguidas que sus ojos habian lanzado, á todas las sonrisas diabólicas con que habia querido seducirle. Por fin, le fué imposible resistir por mas tiempo y cayó como otros tantos á sus piés, proporcionándola uno de sus mas bellos y halagadores triunfos.

Desde aquel momento, como si la sirena le hubiese hechizado, Hugo fué uno de los mas asiduos huéspedes de sus salones y de sus orjías. Olvidó por ella sus deberes, y no tardó en notar la reina el cambio que empezaba á introducirse en el corazon del jóven. Temió por él, temió que se disipara al hálito envenenado de aquella muger toda la haz de virtudes del corazon de Hugo, como se disipan los perfumes de un ramillete puesto al aire fresco de la noche, y decidió entonces lo que en vano habia querido decidir antes.

Envió un mensajero á Doña Juana de Guálveri y le dijo que si no corregia la deshonestidad de sus costumbres, se veria en el sensible caso de castigarla con ponerla en el convento de Santa Clara de Nicosia.

Cuando el mensajero de la reina cumplió con esta mision cerca de Doña Juana, esta dió un salto como si la hubiese mordido un áspid.

Pálida de furor, ruiendo de cólera, se dirijió al palacio del infante Don Juan, su predilecto amante, á quien entre lloros y sollozos, entre ayes y lamentos, dió cuenta de la embajada que habia recibido.

El príncipe de Galilea la dejó tranquilamente acabar.

— Y bien? — la dijo cuando hubo concluido.

— Y bien? — preguntó Doña Juana.

— La reina Doña Leonor — dijo el príncipe con cierta espresion de sarcasmo que se traslucia en el mismo respeto que parecian tener sus palabras — es de ánimo esforzado. Cumplirá lo prometido, y creedlo, sino ve en vos una pronta enmienda, no tardará en haceros sentir el peso de su castigo.

Doña Juana levantó sus ojos admirada de aquellas palabras y los fijó en el príncipe. Algo debió leer en él que estaba en contradiccion con lo que de hablar acababa, pues que se lanzó á responder:

— Castigarme á mí!.. á mí!.. ella! una intrigante!

— Es la reina, — dijo don Juan con irónica gravedad.

— Una reina hipócrita, — prosiguió la de Guálveri con rencorosa furia, — una gazmoña envidiosa y nada mas.

Don Juan se sonrió.

— Oh! — continuó la cortesana pasando de la furia á una calma aparente, — yo me vengaré!

Don Juan volvió á sonreirse.  
— Me vengaré, os lo repito. Me ha herido con su embajada en mitad del corazon. Ha querido pisarme esa orgullosa muger como á un reptil miserable. Y bien, los reptiles muerden.

Don Juan se encogió de hombros.  
La de Guálveri se arrojó en un sitial tomando una de sus mas estudiadas y seductoras posturas. Permaneció breves instantes en silencio. Don Juan la cubria con su mirada, mientras ella, entregada á un pensamiento enmarañado cuyos hilos pugnaba por cojer, movia su cabeza con aire el mas impregnado de coquetería, como balancea una flor su capullo al soplo de una tibia y perfumada brisa.

Repentinamente una especie de sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de la cortesana, sonrisa que hacia el mas bello contraste con las lágrimas pasadas que aun temblaban como menudas perlas en sus ojos, y volviéndose hácia Don Juan,

— Príncipe mio, — le dijo con dulce voz, — queréis que os cuente una historia?

Miróla el príncipe sorprendido.

— Una historial — murmuró.

— Interesante, y corta sobre todo.

— Como gustéis.

— Oid pues. Habia en un reino lejos, muy lejos de aquí, — y decia esto Doña Juana con su voz mas dulce y con una especie de mimo en el tono, — un rey cuyo nombre se me ha olvidado. Este rey habia tenido que ausentarse por asuntos de estado y habia dejado el gobierno en manos de su esposa, que era una verdadera intrigante, una gazmoña completa, en una palabra una hipócrita.

— Seria como esa otra reina de quien hablabais hace poco, — interrumpió Don Juan sonriéndose.

— Precisamente.

— Continúad. Tiene la historia un principio interesante.

— Oh! ahora vereis. El rey tenia un hermano, un hombre de valor, de corazon, de energía, un hombre que reunia mejor que él todas las cualidades que necesita y debe tener el que se sienta en un trono. Este hermano vió que los asuntos del reino se empeoraban, que el gobierno de una muger no hacia mas que descontentos, que la ausencia del rey destruia la felicidad de sus súbditos, y decidió remediar todo el cúmulo de males que iban á caer sobre el es-

tado poco antes tan floreciente. En su consecuencia, empezó por quitar la más cara á la reina. Hizo ver al monarca que su esposa era una adúltera, y que el hijo que le habia dado era el hijo de un antiguo amante. El rey tuvo que vencerse ante las pruebas...

— Ah! — dijo Don Juan interrumpiéndola, — el hermano le presentó pruebas?

— Sí, le presentó pruebas.

— Y que hizo el rey?

— El rey repudió á la esposa, arrojó de su lado al hijo, y vivió feliz, dichoso y envidiado hasta su muerte.

— Ah! el rey murió?

— Y á su fallecimiento el hermano...

— El hermano?

— Ocupó como legítimo heredero el trono.

— Y no dice mas vuestra historia? — preguntó el príncipe con fina sonrisa.

— No dice mas.

— Pues si yo no me engaño, — continuó Don Juan, — en mi juventud me parece haber oido contar esta misma historia, pero tenia, salvo error, ciertos detalles que creo habeis vos olvidado.

— Tenia ciertos detalles, decís? — preguntó la cortesana fijando en el príncipe una mirada limpia y clara.

— Sí. Por ejemplo: habia en la corte de aquella reina hipócrita de quien habeis hablado, una muger, una gran dama hermosa, encantadora, seductora, como vos en este momento, Doña Juana...

La de Guálveri se sonrió picarescamente.

— Y esta dama que amaba con pasion al hermano del rey, que le pagaba con igual ternura, fué la que proporcionó al dicho hermano las pruebas con que este desmostró al monarca la hipocresía é infidelidad de su esposa.

— Ah! dijo con cariñoso acento Doña Juana, — vos creéis que fué la dama de la corte quien dió las pruebas al hermano?

— Estoy seguro. Y aun mas, recuerdo que, segun la historia, al ocupar el trono el hermano, dió á esa dama una ciudad entera del reino con obligacion á todos sus habitantes de prestarla vasallaje y rendirla tributos como á su soberana.

— Bien podria ser, — dijo sonriendo la cortesana, — y acaso haya yo olvidado esta circunstancia.

— Oh! sí, no os quede duda, la habeis olvidado.

— Será así, y os pido perdon por el olvido.

— Perdonada estais.

Doña Juana se levantó y se dispuso á marcharse.

— Adios, príncipe mio, — le dijo, — y si por acaso sabeis algun hermano como el de mi cuento, decidle que no le han de faltar pruebas á la dama cuando vaya á pedir su gracia.

El príncipe besó la mano de Doña Juana sin decir nada y la acompañó hasta la puerta.

Todo aquel dia la de Guálveri lo pasó entregado á meditaciones continuas, como si cobijara un pensamiento que se le escapaba, como si urdiera un plan difícil de combinar por ser de tejido enmarañado. Por la noche, sus doncellas, mientras la vestian para la fiesta que daba en su palacio, no pudieron menos de notar la frente pensativa de su ama y de estrañar en ella la ausencia de su natural alegría.

Sin embargo, risueña como siempre se presentó Doña Juana á sus huéspedes y sentose con ellos á la mesa en que habia profusion de vinos y manjares.

Reinó como todas las noches el bullicio mas franco y mas aturdidor; los vinos pasaron de mano en mano; las copas se vieron tan pronto henchidas como vacías; los labios dieron paso á sonoras carcajadas.

No se sabe como fué, pero es el caso que en un momento en que la conversacion se habia hecho general, ocurriósele á un joven caballero de Nicosia, descendiente de una de las mas ilustres familias, á Leoncio de Rocas, decir con el vaso en la mano:

— Nobles caballeros, vamos á brindar por las damas mas virtuosas de la corte, por las bellezas mas salvajes de Chipre.

La proposicion fué acogida con entusiasmo.

— Sí, sí! — gritaron de todas partes levantándose veinte vasos para contestar á aquel sarcástico brindis.

— Vamos por partes, — prosiguió Leoncio, — iremos citándelas una á una, y aquel que tenga algo que oponer contra la virtud de la nombrada, dígalo antes de que el vaso se acerque á nuestros labios y prometemos guardarle el secreto.

Las mas estrepitosas carcajadas contestaron.

— Sí, le guardaremos el secreto entre todos.

— Pues entonces, allá va la primera, — gritó Leoncio, — A la reina!

Y levantó el vaso.

Algunos, no todos, le contestaron.

— Retirad el brindis si quereis creerme, señor Leoncio de Rocas — gritó

una voz. — En una orjía es un sacrilegio arrojar para que ruede entre las burlas el nombre de la reina.

— Quién dice que retire el brindis? — preguntó Leoncio con cierta altanería.

— Yo, Hugo de Entenza, — dijo el joven paje levantándose.

— Y porqué, si os place, caballero?

— Porque á ese brindis va unida una mofa y yo no permito que en mi presencia nadie se mofe impunemente de la reina.

— Ola! exclamó entonces la voz de Juana de Guálveri, — el caballero Hugo de Entenza se proclama el defensor de la soberana.

— Lo he sido siempre, señora, — dijo Hugo resueltamente.

— Pues tiene un defensor bien joven y bien gallardo! — dijo con ironía y con una intelijente sonrisa Doña Juana.

— Señora! — murmuró el de Entenza conociendo que la sangre que afluia á su corazon le iba á poner fuera de si como continuase bajo aquel pié la conversacion.

— Permitidme, Juana — dijo entonces Leoncio de Rocas con todo aquel sangriento sarcasmo de un alma gastada, — puede que el caballero de Entenza, mirando á lo pactado, tenga algo que oponer á la virtud de la reina. Manifiéstelo, cite un amante, y entonces retiraremos el brindis.

Hugo de Entenza se volvió como un leon al oír aquellas melifluas palabras en que iba envuelta tan amarga ironía, y murmuró por única contestacion:

— Miserable!

Al mismo tiempo su guante lanzado por una mano furiosa iba á dar de lleno en el rostro de Leoncio de Rocas.

Tan terrible insulto le hizo á este dar un salto y poner mano á la espada, accion que imitó el joven de Entenza.

Inmediatamente los convidados se apresuraron á interponerse, procurando calmarlos.

Sin embargo, las cosas habian adelantado demasiado para que se pudiera retroceder buenamente.

Leoncio de Rocas se dirijió hácia la puerta, tras él se fué el de Entenza y tras del de Entenza la mayor parte de los convidados, mientras que en la sala del festin quedábanse algunos hablando con Doña Juana, haciendo estraños comentarios sobre la ocurrencia y contestando con medias palabras á las observaciones de la de Guálveri que maliciosamente les hacia notar el calor con que habia tomado el joven Hugo la defensa de la reina.